

Esta chica es
DIFERENTE

J.J. JOHNSON

Traducción de Xohana Bastida





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Iria Torres

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Eduardo Nacarino

Publicado por acuerdo con Peachtree Publishers.

Publicado por primera vez en Estados Unidos por J. J. Johnson.

Título original: *This Girl is Different*

Traducción del inglés: Xohana Bastida

© del texto: J. J. Johnson, 2011

© de esta edición en castellano: Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-342-0

Depósito legal: M-2283-2018

Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Noah

La vida, o es una aventura intrépida, o no es nada.

HELLEN KELLER
(1880-1968)
escritora y activista

CONSIGO AGARRAR LA SERPIENTE, pero se me retuerce el pie y me caigo de culo en el arroyo. Cuando trato de levantarme, un relámpago de dolor me atraviesa el tobillo.

Hago una respiración *ujjayi* profunda para mantener la calma, la firmeza, la fuerza. Con la serpiente bien agarrada, voy a la pata coja hasta una roca grande. Mientras me quito la mochila, la serpiente me saca la lengua. Debe de tomarme por loca.

Se me ocurren cosas peores que estar loca. Es mejor ser una loca que una pusilánime. O tímida, o sumisa, o aburrida.

Saco de la mochila el tarro de cristal que he traído para mis capturas de ofidios.

–Este es tu alojamiento temporal –le digo a la serpiente, y ella se desliza en su interior y se enrosca en el fondo.

Encajo la tapa agujereada con un chasquido y alzo el tarro para verla mejor. Su dorso, de un negro aterciopelado, está surcado de franjas amarillas. Es una culebra rayada, pero ¿cuál? ¿*Thamnopsis sirtalis* o *Thamnopsis sauritus*? Olfateo la tapa del tarro: apesta un poco, aunque no mucho. Debe de ser una *Thamnopsis sauritus*.

–Seas lo que seas, eres preciosa –le digo mientras dejo el tarro en el suelo.

Ahora tengo que llamar para pedir ayuda. Abro el teléfono. Está mudo. Me olvidé de cargarlo, cómo no.

Cambio de posición y un nuevo relámpago me atraviesa el tobillo. Ya ha empezado a hincharse, y noto que me palpita. Meto el pie con cuidado en el arroyo para que el frescor del agua frene la hinchazón.

La serpiente me mira con indiferencia. Abro la mochila y aparto mi cuaderno de campo, la lata de lápices de colores y la botella de agua filtrada. Por fin, veo el kit de emergencia que me ha preparado Martha. ¡Un punto para Martha y para todas las madres del mundo! ¡Bienvenida, caja de ibuprofeno! Me trago un par de pastillas con un sorbo de agua y examino el resto del kit: tiritas, venda elástica, silbato, cerillas impermeables, un espejo. Además, guardé antes de salir dos barritas de avena caseras y un bote lleno de cacahuets y pasas. Al menos, no moriré de inanición.

Estoy lesionada en mitad de ninguna parte, pero me las arreglaré.

Sin ataques de histeria. Sin angustias. Esta chica es diferente.

Me envuelvo el tobillo con la venda elástica y vuelvo a meter el pie en el agua. Varias hojas de arce, rojas por el otoño y con las puntas marrones, pasan flotando y se quedan dando lentas vueltas en el remolino que hace mi pie. También yo debería bajar un poco el ritmo; aún pasará un buen rato antes de que Martha se dé cuenta de que me ha ocurrido algo. Cuando termine su turno en Walmart, es muy posible que se pase por el grupo de consumo ecológico, por la biblioteca y por yo qué sé cuántos sitios más. Además, le llevará un buen rato llegar hasta aquí andando. Así que, aunque llegue a casa temprano y vea mi nota (si no la ve, creará que estoy metida en el cobertizo o haciendo yoga), me va a tocar quedarme aquí hasta que se ponga el sol, y seguramente más.

Por la posición del sol en el cielo, ni siquiera son las doce del mediodía. Me quedan ocho o nueve horas de espera, a no ser que se me ocurra alguna idea brillante. Mi nueva amiga Sauritus y yo tenemos toda la tarde por delante.



Varias horas más tarde, y aún sin ningún plan de evacuación, dejo de dibujar en mi cuaderno de campo y me entretengo en comparar mis bocetos con Sauritus, que sigue metida en el bote. Debería dejarla marchar, pero me gusta su compañía. Suspiro y acaricio el cristal con las yemas de los dedos. Tendría que atrapar alguna lombriz o un buen grillo para darle...

Un momento. Se oyen voces entre los árboles.

Chasquido de ramas. Las voces se acercan. Oigo una voz masculina y distingo palabras sueltas: «instituto», «compras», «clase». ¿Son dos personas o tres?

–¡Eh! –grito–. ¡Hola!

Las voces enmudecen.

–¡Estoy abajo, en el arroyo! –explico, contemplando la hinchazón de mi tobillo–. ¡Atrapada en el barrizal, más o menos!

Las voces se reanudan; ahora suenan más bajas, como si estuvieran discutiendo cómo reaccionar. Crujidos de maleza, rumor de hojarasca. Un chico más o menos de mi edad, con unos vaqueros cortados y botas de campo, aparece entre los árboles. Me suena de verlo por el pueblo: una vez en la biblioteca, y otras varias en la cafetería a la que suelo ir. Es tan guapo que resulta imposible no verlo. Es como Kumar, el personaje de *Dos colgaos muy fumaos*, pero en más delgado y alternativo. Tiene el pelo negro y brillante, y los ojos muy oscuros.

Noto que me pongo colorada.

–Hola –dice.

Cada vez que se mueve, el borde deshilachado de los pantalones le roza las piernas. Las botas de cuero están llenas de arañazos que forman remolinos de color café con nata.

–Buenas –respondo, haciendo un esfuerzo por no sonar como una damisela indefensa (aunque, técnicamente hablando y teniendo en cuenta que no puedo andar ni tengo batería, eso es lo que soy en este momento).

¿Pero quién, o quiénes, estarían hablando con este chico hace un momento?

En ese preciso instante, como si me hubiera leído el pensamiento, su interlocutora aparece tropezando entre los arbustos.

Kumar se da la vuelta para sujetarla. Las piernas de la recién llegada, delgadas y largas como las de un potrillo, se enderezan. Es una chica muy guapa. También me suena del pueblo.

–Hola –digo saludando con la mano–. Me llamo Evie.

No sé por qué, tengo el corazón acelerado.

–¡Hola! –contesta ella, y solo puedo mirar sus largas pestañas y sus uñas pintadas.

Lleva un vestidito corto y chanclas; no es que sea el atuendo más apropiado para ir de campo, pero ¿quién soy yo para juzgarla? Al fin y al cabo, voy descalza. Es menudita, delgada y un poco andrógina, como Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, pero con la piel de un tono más oscuro y cálido. ¿Será india? ¿Latinoamericana?

–¿Qué te ha pasado? –me pregunta mientras se pasa los dedos por el pelo negro y corto como si quisiera cardárselo.

–Me he lastimado el tobillo. No puedo apoyarme en él para andar, y nadie sabe que estoy aquí.

Kumar mira alrededor. ¿Qué estará buscando? ¿Habrá venido alguien más con ellos?

–¿Has venido hasta aquí tú sola? –se asombra Audrey Hepburn, y caigo en la cuenta de que eso es lo mismo que intriga a Kumar.

Por el tono en que lo ha dicho parece algo inimaginable, en plan «¿Acabas de venir desde la Luna?». Me encojo de hombros.

–Mi casa está a unos siete kilómetros –explico.

–¿Vives aquí? –dice el chico, volviéndose hacia su amiga para intercambiar una mirada.

Ella apoya una mano en la cadera y me contempla interrogante.

–¿Es que acabas de mudarte?

Sé lo que están pensando: en el pueblo solo hay un instituto, de modo que todos los chavales del lugar conocen de sobra a los demás. Bueno, pues resulta que hay una a la que no conocen. Niego con la cabeza.

–Llevo aquí dos años –respondo–. Pero estudio en casa.

Los dos vuelven a mirarse. Se están diciendo un montón de cosas sin palabras.

–¡Tranquilos, soy una chica normal y corriente! –añado, sonriendo para tranquilizarlos–. De hecho, este año voy a ir al insti. Comienzo el lunes.

Solo faltan tres días, y no veo el momento de empezar. Tengo ganas de comprobar cómo es el instituto. Mi madre, sin embargo, está horrorizada porque piensa que me voy a echar a perder. He tenido que librar una batalla prolongada para que me dejase matricularme. Por fin, tras una brutal campaña de desgaste, la convencí apelando a mi responsabilidad personal y a mi derecho a tomar decisiones propias. También argüí que podría usar mis vivencias para hacer periodismo gonzo, tratando la experiencia de ir al instituto como una investigación etnográfica.

–Entraré en el último curso –explico, sacando el pie del agua para darme la vuelta del todo hacia Kumar y Audrey.

–¡Qué bien! –exclama la chica, señalándose a sí misma con el pulgar y girándolo luego hacia el chico–. Igual que nosotros.

Miro al chico y veo que está contemplando mi tobillo con cara de preocupación. La verdad es que, a pesar del vendaje elástico, se nota que está muy hinchado.

–No exagerabas al decir que te habías lastimado –observa–. Parece un esguince en condiciones –añade mientras se acerca y se

agacha para verlo mejor-. ¿Te importa que le eche un vistazo? Tengo experiencia con estas cosas.

Asiento con la cabeza y él se arrodilla delante de mí. El corazón se me alborota, y ruego para mis adentros que él no pueda oírlo. Cuanto más se acerca, más fuertes son los latidos. No puede ser: seguro que estos dos están saliendo juntos. ¿No es eso lo que debo suponer? La verdad es que no soy experta en este tipo de cosas.

-¿Puedo quitarte el vendaje?

Trago saliva y asiento con la cabeza, deseando que mi corazón pueda resistir el subidón de su contacto.

Audrey se recoge el borde del vestido por detrás y se acuclilla junto a Kumar con las rodillas juntas, en una postura muy femenina. Sus ojos se posan en mis pies descalzos, recorren mis vaqueros recortados y mi camiseta y se detienen en mi cara desprovista de maquillaje. ¿Por qué todas las chicas me miran así?

El corazón se me cae a los pies y eso me hace sentir ridícula, porque no es mi estilo sentirme insegura por estas cosas. Pero si a Kumar le gustan las chicas como Audrey, yo no le interesaré nada de nada. Para empezar, nadie me describiría como menuda; no es que esté gorda, es que estoy... bueno, en forma. Soy alta, sólida, musculosa. En cuanto a femenina... Digámoslo así: estoy orgullosa de ser mujer, pero no me veo especialmente femenina. Contemplo mis pies con las uñas sin pintar y el vello claro de mis pantorrillas, y me llevo las manos a la cabeza para ajustarme la coleta en la que suelo recoger mi melena castaña. Qué más da: soy lo que soy.

Además, si son novios, ni siquiera debería estar pensando en estas cosas.

Kumar me agarra el talón con suavidad y me levanta la pierna. Inspiro bruscamente porque me duele, y también para ver si así logro calmar los latidos de mi corazón.

Los dos comentan algo. Las palabras parecen flotar entre ellos, burbujas que resplandecen un momento y explotan.

–¿QUÉ ES ESO? –grita ella de pronto retrocediendo a toda prisa.
Él vuelve a mirar mi tobillo y frunce el ceño.

–Hombre, tampoco es para tanto –repone.
La chica le mira fijamente, con la cara lívida y los ojos desorbitados, y señala mi bote.

–¡Una serpiente! ¡Una serpiente! –chilla.
–¡Ay, perdón! –exclamo–. Tendría que haberos avisado.
La verdad es que me da mucha pena que la gente tenga miedo de unos seres tan maravillosos; prefiero no fomentar la fobia a las serpientes.

–No es más que una culebra rayada, y de las pequeñas –explico–. Es inofensiva.
Ella menea la cabeza como si no me creyera y retrocede un paso más.

–¿Quieres que la suelte, o prefieres que siga encerrada? –le pregunto.
–¡Encerrada!
–Vale, no te preocupes. La dejaré en el tarro y...
El chico mira a Audrey y resopla.
–No seas plasta, anda –le espeta, y luego se vuelve hacia mí–.
¿Piensas quedártela?
–No. Solo quería hacerle...
–Unos dibujos, ¿verdad? –completa, con los ojos clavados en mi cuaderno de campo–. Qué chulo. ¿Puedo echarle un vistazo?
–Claro.
Lo recoge y empieza a hojearlo.
–¡Toma ya! Son una pasada.
–Gracias.
–¿El qué? –pregunta la chica, empinándose para tratar de verlo sin acercarse.
–Estos dibujos. Son de la serpiente y de más cosas –responde el chico mientras cierra el cuaderno y me lo devuelve–. Jay, ¿por qué no empiezas a andar tú sola? –le pregunta a su amiga–. Cuando te hayas alejado, soltamos a la serpiente y te seguimos.

–Ah, no. De ninguna manera. No me gusta nada ese plan. ¿Volver yo solita a casa atravesando el bosque? Ni de broma –repliega envolviéndose el torso con los brazos–. Podría encontrarme con otras serpientes o vete tú a saber qué reptiles. ¿Y si me equivoco de camino y me pierdo para siempre?

El chico gime.

–A ver qué te parece este plan –digo yo–: cuando cuente hasta tres, tú echas a correr, yo suelto a la serpiente en dirección opuesta...

–... y yo te ayudo a salir de aquí –remata Kumar.

Vaya: se me había olvidado lo de mi tobillo. ¿Va a llevarme a cuestras como si me rescatase? ¡Menuda humillación!

Además, no sé si podré soportar ir tan pegada a él. Es tan re-matadamente guapo que me pone de los nervios. Imagino la pinta que debo de tener, hiperventilando y con ojos de ternera degollada, y me dan los siete males.

Pero él ya ha empezado a contar:

–Uno, dos...

La chica echa a correr como una posesa, y yo abro el tarro para soltar a la pequeña Sauritus. El chico me ayuda a levantarme, gruñendo un poco por el esfuerzo. Ya he dicho que no soy precisamente menuda.

–No soy una damisela indefensa, ¿sabes?

Él se echa a reír.

–Créeme: ni se me había pasado por la cabeza.